
América Latina vista desde el Mediterráneo

Joan del Alcázar y Nuria Tabanera (comps.), *Historia y presente en América Latina*, Valencia, Fundación Bancaixa, 1996.

Leonardo Curzio

La Universidad de Valencia no había cultivado de manera sistemática los estudios sobre América Latina. En los últimos años, los profesores Joan del Alcázar y Nuria Tabanera han trabajado intensamente para desarrollar en aquella ciudad mediterránea un polo de reflexión y estudio de los problemas latinoamericanos contemporáneos. Como prueba de este esfuerzo Alcázar y Tabanera nos ofrecen un libro colectivo que esboza un panorama de los grandes temas de la región. El libro combina la historia con la ciencia política e incluso tiene una afortunada incursión en la economía y su título es sugerente: *Historia y presente en América Latina*.

Es un libro, como todos los colectivos, que tiene altas y bajas. Los trabajos presentados dejan ver una diversidad de formaciones, perspectivas y, por qué no decirlo, dedicaciones. Siempre

hay autores más acuciosos que otros.

El primer texto es obra de los coordinadores del libro. Su título no dejar a dudas: "Un balance histórico de las relaciones entre la Unión Europea y América Latina". Se trata de un trabajo muy anclado en la línea de la historia de las relaciones internacionales. Se hace referencia a tratados, se cita con toda precisión las reuniones ministeriales y los puntos más importantes de las relaciones entre Europa y América Latina. La importancia del texto, sin embargo, no estriba en su literalidad, tanto como en su contexto. Los autores escriben un artículo de balance no alentados por un ánimo descriptivo, sino para realzar la verdadera pobreza de las relaciones entre las dos orillas del Atlántico.

El segundo capítulo es un espléndido trabajo de Alfredo Arahuetes sobre la estabilidad macroeconómica, la transformación productiva y la competitividad en el subcontinente latinoamericano. El texto es de lectura ligera sin perder ni seriedad ni sustento. Su tesis principal es sencilla en su enunciación pero profunda: no es posible llevar a cabo —afirma Arahuetes— una transformación en la producción que incremente la productividad en condiciones de inestabilidad macroeconómica. América Latina fue incapaz de avanzar en las transformaciones que le hubiesen permitido incrementar su productividad y por consiguiente alcanzar niveles más altos de desarrollo, debido a

los efectos de la crisis de la deuda en la década pasada.

La principal virtud del texto de Arahuetes es que analiza desde la perspectiva de las capacidades reales y el potencial de desarrollo la imposibilidad de crecer. Deja, por tanto, de lado el debate ideológico —que tan inútil resulta a veces— sobre las bondades del liberalismo o las desventajas del Estado interventor. Arahuetes separa el grano de la paja y señala con precisión: el problema de las economías latinoamericanas estaba en la incapacidad de generar un nuevo contexto productivo que permitiera un crecimiento sostenido y así superar la crisis.

El tercer texto es de la pluma de Pedro Pérez, profesor de la Universidad Complutense. Pérez se plantea una pregunta central que nunca logra resolver del todo: ¿por qué en México gana el PRI las elecciones a pesar de que ha llevado adelante una política que ha empobrecido a amplios sectores?

El texto de Pérez no llega a cuajar. Explora el neoclientelismo propiciado por Programa Nacional de Solidaridad, buque insignia de la política de atención a la pobreza impulsada por el gobierno de Salinas de Gortari, y alude a caciquismos regionales que perviven, pero no avanza una lectura nueva sobre la cuestión. Su problema es tal vez que no se decide por un plano de lectura. Empieza con un análisis de corte latinoamericano. Valga como ejemplo este pasaje: “en contra de

lo que pudiera esperarse —señala Pérez— los electores latinoamericanos no se oponen masivamente con sus votos a las políticas que directa o indirectamente están impulsando un deterioro de la distribución equitativa del ingreso y un aumento de la pobreza. ¿Por qué los mecanismos de representatividad democráticos (elecciones) no son capaces de impulsar una mejoría de las desigualdades internas?” (pp. 60-61).

Posteriormente pasa revista conjunta a dos temas que por su entidad y complejidad merecerían apartados independientes: coyuntura económica y estructura del Estado-nación. Después de concluir que el problema de Latinoamérica no es coyuntural sino estructural, Pérez recorre con sapiencia la historia de dos siglos para concluir, con Touraine, que es preciso ensanchar el mercado interno para promover el desarrollo y ello sólo es posible bajo un régimen democrático. La democracia es asumida por Pérez —siguiendo a Touraine— no como el final de un proceso, sino como plataforma de lanzamiento para una maduración de todos los actores que hagan posible el despegue de las sociedades latinoamericanas. Éste —y no la interrogante con la que se abrió el artículo— es el punto medular del trabajo.

Finalmente Pérez se aboca a una lectura regional de los puntos de ruptura y resistencia del sistema político mexicano que lo

llevan a explotar básicamente a los estados de la frontera entre México y Estados Unidos sin que esto aporte demasiado para reforzar la idea central del artículo expuesta en el párrafo anterior.

La antología incluye un segundo artículo sobre México escrito por Jorge Castañeda. El título del trabajo deja ver el tono y los alcances del mismo: "La difícil coyuntura mexicana". El trabajo de Castañeda no tiene presentación académica en un sentido estricto. El texto carece de una aparato crítico y se presenta en forma de transcripción de una conferencia. Sin embargo, se lee fluidamente y la forma coloquial que adquiere por momentos no resulta desagradable. Castañeda analiza la situación en la que Ernesto Zedillo recibió el gobierno y hace un diagnóstico sobre la crisis actual. Con su estilo característico, Castañeda concluye y recomienda una ruta para evitar la catástrofe que pasa por: 1) Una ruptura con el sistema político vigente. 2) Un retorno al crecimiento económico. 3) Renegociar los términos en que se basan las relaciones México-Estados Unidos. 4) Reconstruir el pacto social reconociendo la complejidad de la sociedad mexicana contemporánea. 5) La creación de un gobierno de unidad nacional que sea reflejo del nuevo pacto social.

El artículo de Fernando J. Devoto, de la Universidad de Buenos Aires, trata sobre la construcción de la identidad nacional en Argentina. Este texto

ocupa, con todo merecimiento, las páginas centrales del libro. Se trata, en mi opinión, del mejor de cuantos lo integran.

Devoto plantea un problema central: ¿cómo se puede forjar una identidad en un país constituido básicamente por emigrantes como lo es la Argentina? El autor nos lleva entonces, como si fuese un avezado guía de turistas, a recorrer el pensamiento de los clásicos y a explorar los grandes debates que la migración europea ha planteado.

De manera clara y concisa retoma el pensamiento de Alberdi y de Sarmiento y a través de ellos nos deja ver la importancia de la gran emigración europea del final del siglo XIX y la forma en que las élites americanas interpretaron el masivo fenómeno. "Gobernar es poblar", diría Alberdi al comprobar con vértigo la extensión territorial de la joven nación. Devoto dice que en realidad detrás de la fórmula alberdiana debe leerse: "poblar es civilizar" (p. 99). La emigración es vista entonces como algo más que mano de obra. Sarmiento verá al emigrante como la cuña que extirpará del suelo argentino "al gaucho, al señor feudal ganadero, verdaderos enemigos de la civilización y el progreso" (p. 100). Esos emigrantes que poco a poco iría puliendo la escuela pública, deberían darle una nueva faz a aquella nación sudamericana.

Aparece entonces Bartolomé Miltre, padre fundador de la historiografía argentina, con su teoría adaptativa. Los emigrantes

en el pensamiento de Miltre —nos explica Devoto— no deben formar una nueva nación, sino integrarse a la ya existente que el autor de la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* identifica con Buenos Aires.

Otros autores propenderán a hacer una síntesis entre los nativos y los emigrantes que tomara cuerpo en la expresión, ya un poco manida por la propaganda estadounidense, del crisol de razas.

El artículo explora finalmente la versión argentina de un debate que tuvo un alcance continental. Se trata de enfrentamiento entre la tradición hispanista que no logra disimular un “tufillo” imperial y la búsqueda de un pasado autóctono plétórico de virtudes antiguas que los extranjeros han extinguido. Lugones, como muchos siglos antes lo hiciera Catón, verá en el gaucho al hombre libre, fuerte, superior al emigrante que no era más que un siervo de la gleba.

Hay también un repaso a la no siempre cómoda relación entre el internacionalismo socialista y la necesidad de construir una identidad nacional en contextos determinados. Devoto explica muy bien los problemas que enfrentó el líder histórico del partido socialista argentino Alfredo Palacios.

A lo largo del trabajo de Devoto palpitan dos cuestiones medulares. La primera es la relación entre la forma de reconstruir un pasado y la política. La segunda son los riesgos y las virtudes de la alteridad. El otro (el

emigrante) se convierte, según la tradición del pensamiento, en el portador del progreso o en el invasor incómodo.

El texto de Pilar Cagiao sobre la imagen de España en Uruguay reconstruye también parte de los debates que la ensayística de ambos lados del Atlántico no han dejado de abordar. El arielismo de Rodó y todos los prejuicios (buenos y malos) que españoles y americanos cultivan recíprocamente se presentan en un texto interesante y bien planteado.

El trabajo de Alfredo Riquelme, de la Universidad de Chile, versa sobre los derechos humanos. Tema de palpitante actualidad que está presente en las agendas de todos los países del subcontinente y que no siempre es cabalmente entendido. Riquelme plantea, de entrada, que los derechos humanos son una suerte de “ética ciudadana moderna”. En estos tiempos tan revueltos la noción se ha convertido en el último asidero filosófico de gobiernos. Los derechos humanos han pasado —después de las experiencias represivas de muchos países latinoamericanos— a ser el requerimiento mínimo para suponer que vivimos en un continente civilizado.

El desarrollo del artículo es un alegato por no dejar a los derechos humanos en el plano de las aspiraciones. Riquelme presenta —siguiendo a Squella— la secuencia que permite que estos derechos pasen a ser algo más que buenas intenciones. La

primera fase es la positivización de los mismos, es decir, su incorporación al derecho positivo de los países. La segunda es su generalización. Esta etapa supone un doble proceso. En primer lugar, los cuerpos de seguridad de los Estados deben interiorizar y hacer suya la doctrina de los derechos humanos. En segundo, éstos deben cubrir a todos los grupos sociales, sin distinción de raza, sexo, religión o preferencias políticas. La tercera fase es la de especificación de ciertos derechos a los grupos más vulnerables de la sociedad (mujeres, grupos indígenas, etcétera). La cuarta fase supone la expansión de los mismos. En algunos países de Latinoamérica el tema de la expansión de los derechos humanos ha suscitado polémicas encendidas. En México algunos grupos sociales plantearon durante muchos años la posibilidad de que los derechos políticos fuesen considerados como derechos humanos. En Brasil los derechos sociales, en tanto derechos humanos, provocaron controversias similares. El último eslabón de la secuencia es la internacionalización, es decir, el reconocimiento y la protección de estos derechos más allá de lo que históricamente se consideraba un ámbito soberano.

El libro incluye un artículo titulado "Cuba en perspectiva" cuya lectura considero prescindible y por consiguiente me permito obviar las observaciones sobre el mismo.

El trabajo sobre Centroamérica, de la pluma de Raúl Benitez, es académicamente sólido. Con estadísticas y fuentes solventes, la presentación sucinta de las experiencias centroamericanas de las últimas décadas es clarificadora. El autor expone con trazos firmes las causas profundas de la violencia que asoló al istmo durante décadas y provocó enfrentamientos civiles largos y costosos. Durante la década pasada —nos explica el autor— Centroamérica vivió una crisis doble. No solamente sus indicadores socioeconómicos se deterioraron, como sucedió en casi todo el continente, sino que se verificó la destrucción física de las instalaciones e infraestructura económica. Con estos elementos contextuales se pasa revista a cada caso en particular, y se precisan, por tanto, las generalizaciones que se suelen hacer sobre la región. Así Nicaragua, Honduras, El Salvador, Guatemala y Costa Rica son estudiados en sus particularidades.

Finalmente, se hace un balance global de las experiencias más recientes, para concluir en que a pesar de todos los problemas que aún enfrenta la región, el balance es claramente positivo, pues la guerra civil y el militarismo parecen hoy destinados a ser un recuerdo y no una lacerante realidad.

El libro concluye con un análisis de la transición brasileña. El estudio de Alberto Aggio no se circunscribe a la coyuntura; es un trabajo de mayor aliento. Se

inicia valorando la búsqueda de una nueva ingeniería político-institucional para un régimen militar que veía como su legitimidad política se ahogaba al mismo tiempo que el "milagro económico".

Bajo el gobierno del general Geisel (1974-1979) los brasileños descubrieron el valor político de las elecciones. Los comicios, que no gozaban de mucho crédito entre las fuerzas progresistas, se convirtieron en el camino real para erosionar al régimen autoritario. Las elecciones de 1974 se convirtieron así en el punto de inflexión de la transformación política brasileña, cuyo corolario es la Constitución de 1988 que consagra un régimen de libertades y un conjunto muy avanzado de derechos sociales.

El análisis de Aggio, de la Universidad Estadual Paulista, se centra en las capacidades del poder para retrasar los cambios. Resalta el manejo de la legislación

electoral para fragmentar la oposición y evitar las coaliciones, así como el gran filtro del Colegio Eleitoral para elegir presidente. Finalmente la valoración del autor es que a pesar de los cursos y recursos de la transición brasileña el balance es positivo: "lenta y negociada sí, gradual también, pero se reveló absolutamente innovadora frente al proyecto de autorreforma del régimen militar cuya pretensión era establecer un orden autoritario reformado, que además tenía el apoyo de innumerables segmentos de las élites que fueron obligados a cambiar su valoración y alterar su comportamiento" (p. 249).

Historia y presente en América Latina es, en definitiva, un libro que ofrece muchas claves para entender la realidad de nuestro subcontinente. Su publicación me parece un acierto y me alegra que en el Mediterráneo se esté formando un grupo de investigación y difusión de la problemática latinoamericana.